

**OBRAS  
ESCOGIDAS**



*En la presente novela, Policarpo, el niño protagonista, narra sus aventuras en la ciudad de Nueva York; recorre distintos puntos de Manhattan, haciendo nuevos amigos y enfrentándose a diversas situaciones difíciles. La desaparición de una pulsera, el inflexible club al que decide entrar junto a otros niños y lo que sucede cuando su padre le regala una bicicleta, terminarán por demostrarle que la verdad, la generosidad y la amistad son valores ineludibles.*

Poli Délano (1936) estudió Pedagogía en Inglés en la Universidad de Chile y más tarde ocupó la cátedra de Literatura Norteamericana en esa universidad. Hijo de diplomático, vivió varios años en España, México, Estados Unidos, China, Francia y Suecia, y conoce otros muchos países de América, África y Asia. Todo ello le ha servido para sus numerosas novelas, cuentos y antologías. Entre las primeras sobresalen *Piano-bar de solitarios*, *En este lugar sagrado* y *Como si no muriera nadie*; entre sus conjuntos de cuentos, *Sin morir del todo* y *Solo de saxo*; y entre sus antologías, *Cuentos mexicanos* y *Cuentos centroamericanos*. También ha creado obras para niños, entre las que se cuentan *Policarpo y el tío Pablo*, *Policarpo en Manhattan* y *Humo de trenes*.

CÓDIGO 20555

I.S.B.N.: 978-956-12-2531-2



9 789561 225312



# POLICARPO N MANHATTAN

POLI DÉLANO



# POLICARPO EN MANHATTAN

---

POLI DÉLANO

*ILUSTRACIONES DE*  
FABIOLA SOLANO



*Delfín de Color*  
I.S.B.N.: 978-956-12-2530-5.  
2ª edición: octubre de 2013.

*Obras Escogidas*  
I.S.B.N.: 978-956-12-2531-2.  
3ª edición: octubre de 2013.

*Dirección editorial:* José Manuel Zañartu.  
*Dirección de arte:* Juan Manuel Neira.

© 2012 por Enrique Délano Falcón.  
Inscripción N° 219.784. Santiago de Chile.  
Derechos reservados para todos los países.  
© 2012 de la presente edición por  
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.  
Inscripción N° 221.528. Santiago de Chile.  
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.  
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.  
Teléfono 28107400. Fax 28107454.  
E-mail: zigzag@zigzag.cl / www.zigzag.cl  
Santiago de Chile.

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción, sin la autorización de su editor.

Impreso por Salesianos Impresores S.A.  
General Gana 1486. Santiago de Chile.

## UNO

Lo bueno del caso es que Rafa, el nuevo alumno que había llegado recién a Nueva York desde Puerto Rico y justo me tocó como compañero de pupitre, hablaba bien el español, aunque con un acento medio raro. Nos hicimos amigos desde el primer día y nos lanzamos muy pronto por el camino de las aventuras. Empezamos a faltar algunos días al colegio para dedicarnos a corretear por el Central Park o a nadar en el río, ya que la humedad caliente del verano hacía que hasta el papel de los cuadernos se mojara.

Pero lo malo del caso es que mi mamá es medio bruja y cada vez que me porto mal, ella lo adivina y yo termino con la cola entre las piernas, poniéndome más rojo que un tomate, como ocurrió la tarde del miércoles. Entré al departamento alrededor de las cinco, la misma hora de todos los días. Iba con el Rafa, y la mirada que me disparó mi mamá anunciaba problemas.

—¡No fuiste a clases! —exclamó con bastante enojo y mucha seguridad.

—Sí fui, mamá —mentí con el mayor de los descaros, aunque sé que no se debe mentir.

—¡Policarpo, recuerda que te conozco mejor que nadie!

Me ardió la cara y ella se dio cuenta de la mentira, por lo que le dio más rabia todavía.

—¿Y quién es este horrible orangután que trajiste?

Se me quemaron las orejas y no supe dónde meterme. La odié por lo que acababa de decir, aunque ella no tenía por qué saber que mi amigo entendía bien nuestro idioma. En todo caso, es

verdad que Rafa se veía bastante feo: mandíbula saliente, brazos largos.

—Es Rafael, mamá. Compañero de curso.

—Buenas tardes, señora—. Mi amigo habló en español y avanzó para saludarla. Ella se llevó la mano a la boca y exclamó:

—¡Dios mío!... Hola —le dijo en seguida, revolviéndole el cabello con ternura, como si le estuviese pidiendo perdón—. Bueno, chicos, a lavarse, voy a preparar la leche—. Me miró con esa cara que pone de “¡ay tú, ya vas a ver!”

La trampa que practicábamos con mi amigo Rafa se llama en inglés *play hookie* y consiste en faltar al colegio para hacer cosas bastante más divertidas que repetir lecciones de historia o dibujar números sobre la pizarra. Por ejemplo, ir a patinar en calles con buen declive, a bañarse en la piscina del barrio o en el río, y hasta meterse en el metro sin pagar para ir a recorrer otros barrios de Manhattan como el Village, Chinatown, lugares llenos de gente y sorpresas, o los

parques de diversiones. Claro que en este caso se necesita tener algo de dinero, porque no sale gratis subirse a la rueda gigante, a los paracaídas, o entrar a la carpa de los “fenómenos” y a la de la mujer-globo.

Ahora vivimos en el noreste de Manhattan, que es la isla de Nueva York, y está rodeada por varios ríos anchos y profundos, ya que hasta barcos navegan por ellos. Nuestro departamento está en el edificio nuevo, justo donde termina la isla, a una cuadra del río Harlem y a dos del puente que lo cruza hasta el distrito del Bronx. Rafa vive en uno de los edificios viejos al otro lado de la avenida, cerca de mi amigo Frank, por donde pasa el tren elevado que llega hasta el zoológico de Van Cortland, otro lugar muy bueno para cuando uno se decide a *play hookie*; irse de pinta, le he escuchado decir a mi papá. Pedro, mi profesor de violín, dice que en Chile a eso se le llama “capear clases”. El hecho es que habíamos pasado esa tarde bañándonos debajo del puente,

y nadábamos como tortugas y nos tirábamos de cabeza o parados desde las piedras que se arruman en torno a los pilares. Lo más sabroso de esas zambullidas es cuando pasan remolcadores o barcos pequeños que forman unas olas suaves que parecen columpios.

¿Pero cómo se daba cuenta mi mamá? ¿Por qué descubría siempre mis mentirillas?

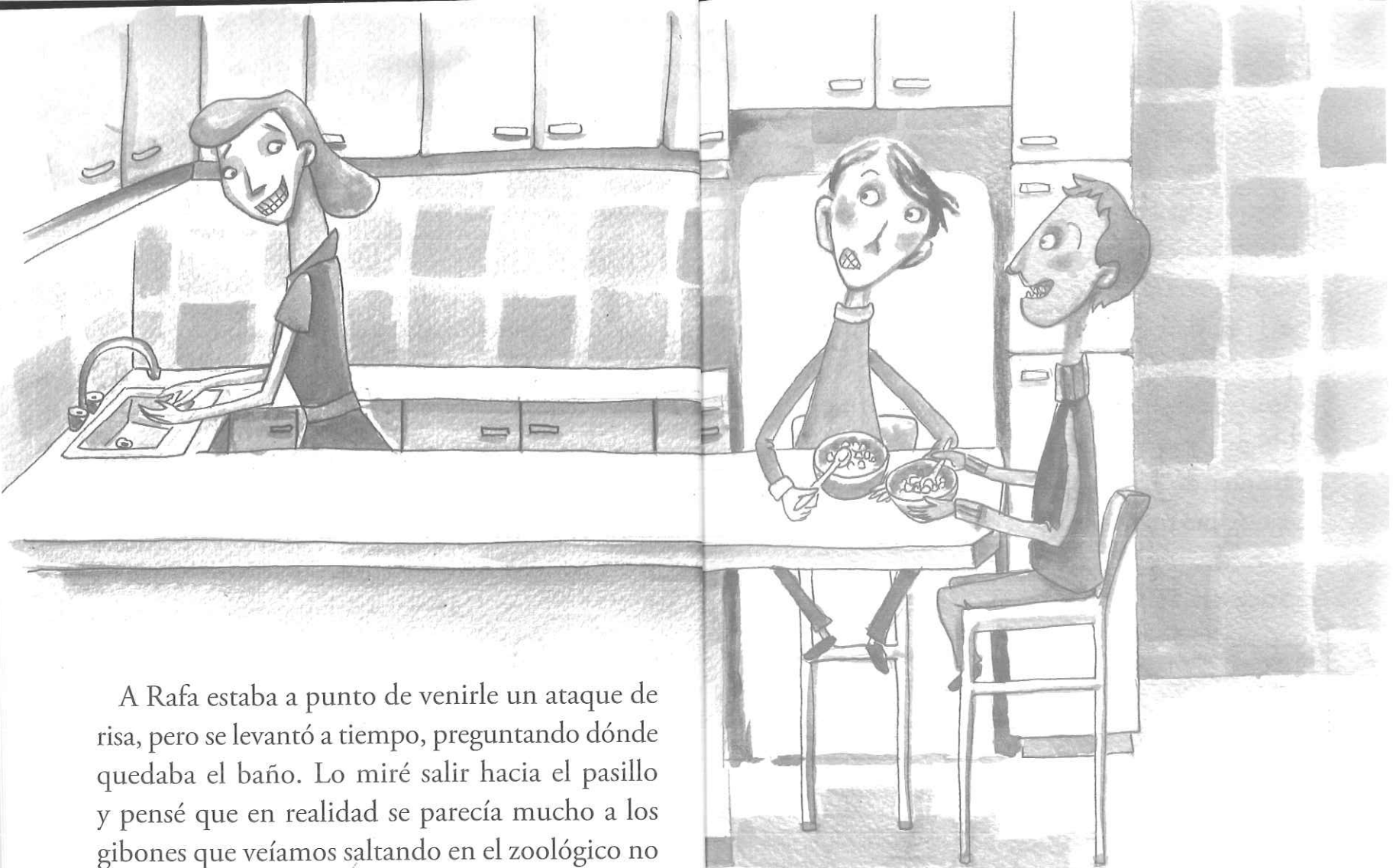
Después de lavarnos, nos metimos con el Rafa a mi habitación y jugamos un partido de damas, hasta que mi mamá nos llamó a la cocina para que tomáramos la leche. Yo aún sentía vergüenza por eso de “horrible orangután”, pero sabía que era inútil buscar alguna manera de remediar la situación.

Mientras engullíamos sin muchas ganas nuestra leche con cereales, mamá me preguntó con una encantadora sonrisa:

—¿Y lo pasaron bien en el río?

¡Era bruja! ¿Cómo podía saberlo?

—¿En el río? —pregunté, haciéndome el tonto.



A Rafa estaba a punto de venirle un ataque de risa, pero se levantó a tiempo, preguntando dónde quedaba el baño. Lo miré salir hacia el pasillo y pensé que en realidad se parecía mucho a los gibones que veíamos saltando en el zoológico no porque fuera moreno, sino porque tenía un poco de trompa, la frente estrecha y muchos dientes.

Mi mamá aprovechó para lanzar su ataque:

—¿Fueron a bañarse al río, verdad?

Sentí arder la sangre, me vi perdido y no quedé más remedio que confesar:

—Sí, mamá...

Y la verdad es que me sentí mejor. Parece que la mentira me tenía ahogado. En una revista de historietas —*comics* las llaman aquí— que había leído por lo menos cinco veces, el Capitán Marvel, antes de gritar “¡Shazam!” y echarse a volar, aseguró que en las batallas hay que saber reconocer el momento para embestir y el momento para retroceder. Si el color de mi rostro me delataba, ¿qué podía ganar con seguir negando?

—...Pero volveré a hacerlo —agregué, para suavizar la aspereza de un nuevo ataque.

—Ya hablaremos con tu padre esta noche —me condenó.

Eso sí que iba a estar duro, pero la verdad es que me lo merecía por tonto, o quizá por descuidado. ¿No sería yo mismo el que daba las señales para

que ella me sorprendiera cada vez que me ponía travieso?

No dije nada y después de un rato más o menos largo, volvió el orangután a sentarse a la mesa, cabizbajo. Terminó su leche y dijo que tenía que partir. Lo fui a dejar a la puerta.

Poco después, como pasadas las seis, llegó Pedro y me dijo: “Prepárate”. Tenía mi clase de violín. Pedro era un músico chileno que arrendaba una habitación en nuestro departamento. Yo no había estudiado bien mi lección y para colmo estaba nervioso por eso de “hablar con papá”, de manera que me resigné a hacer el ridículo por segunda vez en la tarde. Además, confieso que el violín no me volvía loco; las notas me sonaban sucias y desagradables al oído. ¿Por qué no me dejaron estudiar acordeón? *La Habanera* de Biset me salió horrible.

El enfrentamiento con papá fue tenso, aunque no resultó demasiado duro. Un sermón bastante largo sobre los deberes y los derechos, luego algunos ejemplos de cómo era él cuando niño, lo



bien que se portaba, todo eso, y finalmente un par de promesas mías de buena conducta.

Pero el momento más desagradable de ese día todavía no se daba. Antes de que termináramos de cenar, mi mamá anunció que había desaparecido su pulsera de ópalos, un recuerdo heredado de mi abuela. Lo dijo al pasar, como si no le importara mucho. Sin embargo, yo adivinaba que en el momento de darse cuenta tiene que haber echado unas lagrimitas, más de tristeza que de rabia.

Vinieron días raros para mí, y lo que me turbó más que la desaparición de la pulsera de ópalos fue que una tarde Doris me aclarara ciertas cosas tan como si nada, igual que cuando alguien le regala una moneda a un ciego a la salida del metro. Y para qué decir la rabieta que le dio a mi papá cuando le conté el destino que había tenido mi bicicleta nueva. Pero estas cosas son por ahora cuento aparte.

## DOS

La primera vez que me atreví a nadar en el río fue la mañana de un sábado. Frank me convenció, aunque para decir la verdad, pasó un tiempo bastante largo antes de que llegáramos a ser “amigos”. Cuando con mis padre nos mudamos a este barrio, él y los otros chicos de su grupo, que andaban siempre vagando por las calles, se burlaban de mí y me decía pesadeces, mientras yo pasaba camino a la “grosería”, que así le llamábamos con mi mamá a la *grocery store*, donde ella me mandaba a comprar pan y leche. Como los



de la pandilla de Frank eran varios, yo tenía que tragarme las risitas con la cola entre las piernas y hacerme el tonto. Si algún día me cruzaba con alguno de ellos que anduviera solo, veríamos qué tal le iba, si acaso se atrevía a hacerme burlas.

El primero que encontré sin el grupito una tarde, cuando volvía del colegio, resultó ser justamente Frank, que parecía el jefe. Pasé frente a él y lo miré a la cara, como preguntándole:

—¿Y ahora, ah?

Yo no tengo miedo de las peleas, porque en el campamento de verano donde mis padres me mandan en las vacaciones, me enseñaron a boxear, y una vez hasta resulté seleccionado para una pelea sobre el cuadrilátero. Como le gané al que llamaban “Puños de plomo”, todos los demás chicos empezaron a mirarme con respeto.

—¿Ya te vas a casa, muñequita? —dijo Frank con un tono odioso.

Me detuve.

—Sí —le dije—. Pero no tengo apuro. ¿Quieres jugar?

—Claro, quiero jugar. Juguemos al “tú me pegas, yo te pego”.

Y me lanzó un golpe con mano abierta a la cara, y luego otro. Ardiendo de rabia, solté los libros de clases, que llevaba sujetos con un cinturón de lona y empecé también a bailar en la acera, agitando las manos. Nos dimos algunas cachetadas, que en realidad parecían de juego, hasta que mis dedos azotaron un ojo de Frank y a éste se le desató también la rabia y empuñó las manos, empezando una ronda más dura. Recibí varios golpes desagradables en la cabeza, y en un momento me fui encima de él con toda la furia que me producía el dolor. Nos trezamos, caímos al suelo y rodamos como una sola pelota por la vereda hasta la puerta de una tabaquería. Un tipo que venía saliendo trató de separarnos.

—*Stop it, kids!* —gritó—. ¡Ya, muchachos tontos, no sigan peleando!

Pero otro que se había detenido frente a nosotros, lo paró en seco.

—¡Que sigan! —gritaba—. ¡Que se den hasta que uno le saque la mierda al otro! —gritaba y se reía—. ¡Que se den duro hasta matarse!

En un momento me vi montado encima de Frank, que estaba de espaldas, y le lancé un puñetazo con toda mi fuerza y con una rabia, que le hubiera reventado la nariz si no ladea la cara a tiempo. Mi puño dio violentamente contra el pavimento y lancé un grito que debe haberse escuchado en la estación del metro, como a dos cuadras. Los nudillos se me pelaron hasta el hueso y Frank aprovechó para voltearme y quedar sobre mí, pero en ese momento el tipo que había salido de la tabaquería nos separó.

—Ya basta —dijo—. ¡Son formidables los dos! ¡Luchadores de primera! ¡Un par de héroes, nada menos! Pero es hora de ir a hacer las tareas, de manera que choquen las manos y lárquense.

Frank me miró con una sonrisa, y entonces yo también le sonreí.

—¿Amigos? —preguntó él.



—¡Amigos! —respondí yo, vendándome la mano con el pañuelo. Le pasé la izquierda y chocamos.

Pensé afligido que esa tarde Pedro se enojaría otra vez, cuando le fallara al dar mi lección de violín. Tenía que tocar *Humoresque* de Dvorak, y esta vez sí que había estudiado bastante. Mala suerte.

El hecho es que desde esa vez Frank y yo nos hicimos inseparables. Fui admitido en la “pandilla” y hasta me invitaron los domingos a un club que se reunía en una casucha de madera al centro del sitio eriazo situado entre mi edificio y el río. Por esos días comenzaba el calor y los chicos me enseñaron todo lo que tenía que saber si pretendía bañarme seguro en esas aguas oscuras bajo el puente. Había un lugar —tras el pilar de la orilla— para quitarse la ropa, y otro para dejarla: una roca plana. La “ropa” era apenas una polera de algodón y un bluyín encima del traje de baño. Y los zapatos, claro. ¡Y los zapatos!

Resulta que mientras nadábamos jugando con una pelota de goma, nos llegó la oleada

que enviaba una lancha más o menos grande, y se llevó mis zapatos. Nadé como loco para atraparlos y solo logré rescatar uno. Observé con angustia cómo el otro se alejaba siguiendo el curso de la corriente. Me imaginé la cara que pondría mi madre cuando me viera entrar a casa con un solo zapato.

Frank era hijo único de un marinero italiano que solo tocaba el puerto de Nueva York unas tres veces al año, de modo que él vivía solo con su mamá, una señora robusta, que se teñía el pelo de un rubio casi blanco, y usaba vestidos pegados al cuerpo. Era simpática y gentil, risueña, buena para las bromas. Aquel verano —antes de que me enviaran al camping a mediados de julio— los visité bastante y pasé buenos momentos con ellos dos. También él iba a mi departamento algunas tardes y me hacía ponerle el disco de un concierto para piano que nunca se cansaba de escuchar. A Frank le gustaba la música y decía que me envidiaba por lo del violín. Yo también lo envidiaba a él, que

no tenía que rascar esas cuerdas todos los días. Nosotros éramos para otras cosas, le sugería yo, recordando la docena de *comics* que me devoraba cada semana; éramos para zambullirnos en el río, para vivir grandes aventuras, ir de pesca a la lagunita de Van Cortland, treparnos a los árboles del parque, recorrer Nueva York en los metros sin pagar nunca, y no para estar tocando instrumentos musicales. ¿Qué quedaba entonces para las niñas y los mariquitas?

—No, Policarpo. La música es algo grande —decía Frank—. Algo que... no puedo explicar.

Y escuchaba ese concierto una y otra vez.

Frank llegó a ser mi mejor amigo; pero, confieso, que tenía algunas malas costumbres, como esa de robar chocolates y chicle en las *drugstores* y los supermercados. Trató de enseñarme a mí y yo también intenté aprender, aunque sin resultado, primero porque sentía un poco de miedo, pero más que nada, porque Fantomas castiga siempre a los que roban, y si en alguien creía yo era en

Fantomas. Por eso en un momento me pregunté si acaso podía haber sido Frank quien se echó al bolsillo la pulsera de ópalos de mamá. Él también había estado en mi departamento en esos días. Pero la verdad es que me costaba creerlo.

## TRES

Lo mejor de todo es que los dólares que Frank y yo ganamos durante el mes de febrero, limpiando la nieve frente a los negocios de Broadway entre la 162 y la 168, decidimos guardarlos para mejores tiempos. Y entonces a la llegada de la primavera nos propusimos pasar un sábado entero en la calle 42, que tiene tantos lugares para divertirse. Empezamos por ver una función completa del *Laughmovies*, para luego comernos una hamburguesa en el “Automático” de Times Square, donde en lo alto de un edificio está esa gigantesca cara de un

tipo con la boca abierta, que lanza al aire volutas de humo de cigarrillos *Camel*, y partir después a los juegos mecánicos por el resto de la tarde. El *Laughmovies* pasa siempre algún largometraje, y luego puros cortos de distintos tipos. Vimos esa en que Chaplin anda buscando minas de oro en Alaska cuando todo está nevado, mientras su compañero, un grandulón barbudo y hambriento, lo ve con forma de pollo y se lo quiere comer, dentro de una cabaña que se columpia al borde del abismo.

También dieron una en que Los Tres Chiflados hacen todas sus payasadas vestidos de vaqueros en pleno oeste. Pero ni cerca de Roy Rogers, que seguirá siempre siendo el mejor. Entre las de dibujos animados –Tom y Jerry, Dick Tracy y varias más– el que más me gustó fue el de un hada delgadita y desnuda, que vuela a lo largo de un río como danzando en el aire al compás del *Danubio Azul*, con su varilla mágica en la mano. Cuando toca una piedra, la convierte en flor. El

hada me recordó mucho a Doris y me puse muy nervioso. Por primera vez sentí algo raro en el cuerpo al recordar sus ojos, su risa, las piernas tan blancas cuando hacemos gimnasia en el colegio, y el roce de los cuerpos cuando bailamos en la hora de recreación.

En la escuela pública de la 171, a la que iba antes, se armaban peleas todos los días entre niños blancos y negros, y debido a eso, mi papá decidió que tenían que cambiarme a un colegio en el que no hubiera racismo, donde todos los alumnos fueran iguales. Y entonces me matricularon en Walden School, lo que finalmente me pareció una bendición de Dios, porque aquí todo resultaba fácil, grato, deseable. Nunca más sentiría la tentación de jugar al juqui o capear clases, ya que lo único que deseaba ahora era tener clases hasta los domingos. Entre otras razones, porque, además, en mi curso estaba Doris. Ella tiene los ojos luminosos, de un color verde amarillento, y el pelo claro, atado en una colita de caballo. Quedé casi

estúpido la primera vez que la vi en shorts jugando básquetbol. Como después del almuerzo tenemos una hora completa de descanso antes de comenzar las clases de la tarde, nuestra profesora, Edith, toca melodías en el piano de pared que hay en nuestra sala, y entonces podemos cantar o bailar. Algunos cantan. Otros bailan.

Nunca se me habría ocurrido que algo así pudiera pasar en un colegio. Cuando Edith tocó una de las canciones que habíamos aprendido, esa que dice: *I dream of Jeannie with the light brown hair*, me atreví —no sé de dónde saqué agallas— a pedirle a Doris que bailara conmigo, aunque le confesé que no sabía bailar y le sugerí que me enseñara. Desde esa vez empezamos a bailar todos los días y nació algo especial entre ella y yo, que primero no supe bien cómo definir, pero que después mi amigo Mario, el boliviano que vive en el mismo edificio que nosotros, me enseñó que eso se llamaba amor y me aleccionó también sobre lo que tenía que hacer, obligándome a llevarlo a cabo a punta de golpes.

—Lo que pasa es que estás enamorado —dijo.

¿Enamorado? Yo había visto algo de eso en las películas. Es lo mismo que le ocurre a Chaplín con la muchacha que conoce en la cantina poco antes de la noche de Año Nuevo. Pero no entendía bien en qué consistía. Sin embargo, le conté a Mario que pensaba siempre en ella, que a veces no podía dormir en las noches, imaginándola y que cuando la llamaba por teléfono me resultaba muy difícil cortar, como si quisiera seguir hablando para siempre.

—Lo que tienes que hacer —continuó instruyéndome Mario— es aprender una canción de amor y cantársela. O si no, simplemente declararte. Eso es todavía mejor.

—¿Declararme?

—Decirle que la quieres y pedirle que sea tu novia.

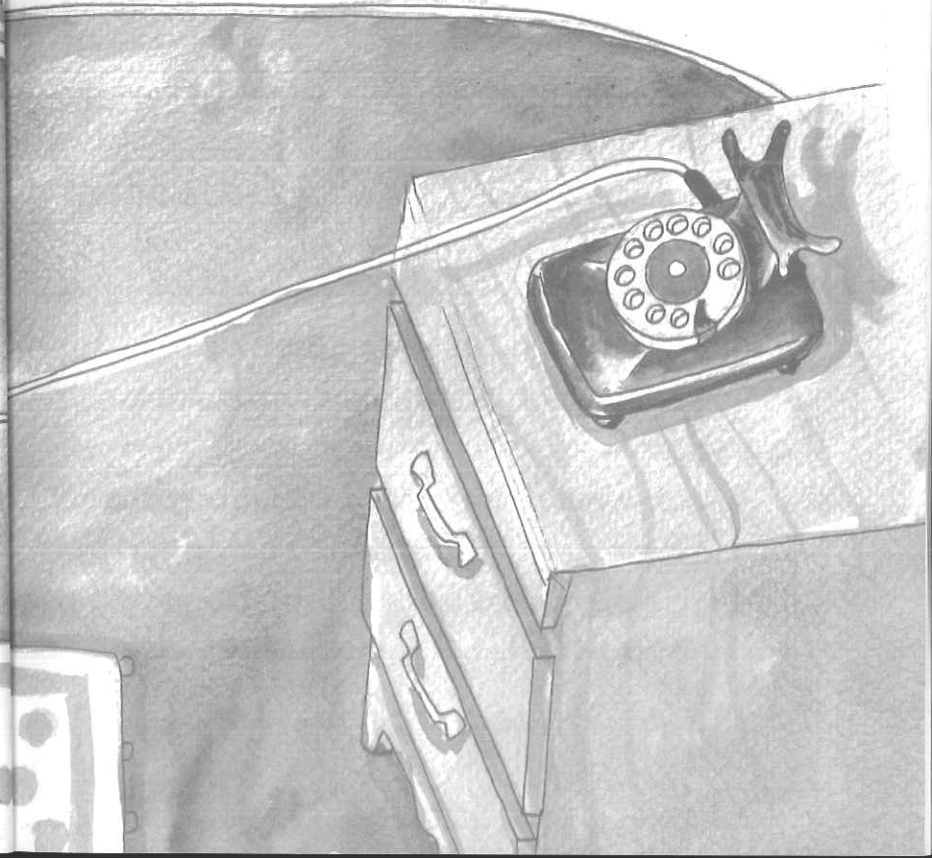
Mario está loco, pensé, ¿mi novia? Lo miré poniéndome un dedo en la sien. Le faltaba un tornillo. Pero una tarde en que él y yo estábamos solos en mi departamento, me tomó examen de



la canción que me había enseñado: *I'm forever blowing bubbles, pretty bubbles in the air*, y como la canté bastante bien me dijo que llamara a Doris. Marqué su número, que sabía de memoria; me contestó la mamá, pregunté por ella y esperé.

—¿Policarpo? —dijo Doris.

—Sí, soy yo—. Y me quedé callado.



Entonces Mario me dijo: “Cántale la canción” y me pegó a puño cerrado, con unos nudillos filosos, en la parte superior del brazo. Yo estaba en silencio, y Doris decía: “¿Aló, aló?”

—¡Cántale! —repitió Mario con impaciencia, dándome dos golpes de nudillo en el brazo.

Me dolió tanto, que estuve a punto de empezar la canción, pero me sentí algo así como ridículo y no pude hacerlo. Cayeron otros dos golpes en el mismo sitio del brazo; estaba al borde de ponerme a llorar de tanto dolor.

—¡Cántale, maricón! —insistió—. O si no, al menos, declárate.

—¿Pasa algo, Policarpo? —preguntó Doris, y en ese momento casi lanzo un grito por el nuevo puñetazo que me dio Mario, y entonces tuve que decidirme.

—Doris —le dije temblando— ...¿quieres ser mi novia? Por favor, acepta...

—Policarpo —dijo ella—. Yo pensaba que ya lo era. ¿Acaso no bailamos juntos todos los días?

Sentí como si una lluvia de flores estuviese cayendo sobre mí. Dos cosas muy importantes: por un lado, Mario me miró con respeto y pienso que hasta con envidia, y por otro, Doris era mi novia. Raro cómo pueden cambiar las cosas de un momento a otro.

En todo caso, esa sensación que tuve con los vuelos del hada desnuda que se parecía a Doris, no la comenté con Frank, pese a que un calorcito especial me produjo agradables cosquillas en el cuerpo.

Las hamburguesas y las bebidas nos vinieron muy bien y después de zamparlas partimos muy contentos a gastar los pocos dólares que nos quedaban en los juegos mecánicos. Ahí estábamos, cuando se nos acercaron dos tipos. Uno era delgado y moreno, mientras que el otro tenía el pelo rubio, rizado, y me pareció algo barrigón. Pienso que tendrían como treinta años. Al poco rato estábamos jugando juntos en una de las máquinas, compitiendo dos contra dos. Todo lo

pagaban ellos. Nos ofrecieron Coca-Cola y nos divertimos bastante.

—Hey —dijo el más gordito—, *I have an idea* —hablaba inglés como si no fuera gringo—. ¿Por qué no vamos de paseo a Coney Island?

¿A Coney Island? ¡Wow!... Yo una vez había ido a esa isla con mi papá, toda entera un gran parque de diversiones, con ruedas de la fortuna gigantescas, paracaídas, rifas, competencias, tiro al blanco, carros locos, carruseles, payasos, hombres y mujeres fenómenos y, bueno, muelles para la pesca y mucho mar. Miré a Frank como preguntándole: “¿Qué te parece”. Sus ojos me respondieron que le parecía bien. Dijimos que sí y partimos los cuatro hacia el metro de Times Square.

Coney Island parecía ser algo así como el gran recreo ideal para las personas que desean escapar un rato de la ciudad. ¡Qué bullicio, qué gentío, qué alegría, colores y músicas! En el galpón de los fenómenos vimos al hombre-pep, con la piel de

todo su cuerpo cubierta de escamas, y a la mujer elefante, que, en lugar de nariz, tenía una trompita que se movía sola, y a un señor muy gordo que podía comerse trescientos *hot-dogs*, uno tras otro... todo parecía increíble, pero lo malo ocurrió cuando subimos los cuatro a un compartimiento de un trencito llamado la “Oruga de las sorpresas”. Las sorpresas eran terroríficas, en plena oscuridad nos íbamos encontrando con esqueletos iluminados, arañas gigantes y cosas así, y cada vez que pasaba el miedo venía la risa, y durante una de esas risas tuve la sorpresa mayor: el gordito me puso una mano en las entrepiernas y empezó a sobarme. No me dejé. Le grité que la cortara, le di un empujón y él lanzó algunas maldiciones. A Frank le ocurrió algo parecido con el moreno, según supe después. Solo entonces empecé a sospechar para qué nos habían invitado. ¿Pero qué se podía hacer ahí dentro, dando vueltas en la oscuridad? Mi papá me había dicho que si algún tipo me molestaba en la calle, debía denunciarlo al primer guardia

que se cruzara en el camino. ¡Ya verían esos dos cuando saliéramos!

Estoy seguro de que cuando estuvimos de nuevo con los pies en tierra firme, y nos quejamos con un “poli”, los dos abusadores deben haber pasado malos momentos. Fue todo muy desagradable y me dejó bastante nervioso, hasta medio tiritón. Estaba oscureciendo y tanto Frank como yo pensamos que era hora de partir a casa.

—Esos tipos son unos degenerados —dijo Frank.

Por suerte, nos quedaban algunas monedas con qué pagar el pasaje.

Tenía clase de violín y antes de que llegara Pedro de sus ensayos, quería llamar a Doris, porque una tarde en que la llevé al Central Park en mi bicicleta nueva, ella me dijo que el misterio de la pulsera de ópalos era bastante simple; no entendía cómo aún no estaba resuelto. ¿Por qué podía decir eso? ¿Acaso tenía la clave del asunto? ¿O quizás sabía algo que yo ignoraba?

## CUATRO

Antes de que nos mudáramos a la calle 206, donde conocí a Frank, tuve dos buenos amigos en el barrio antiguo. Uno de ellos era Efraín, que nació en México, pero aquí le decíamos Ifren. Tenía once años, igual que yo, vivía en el edificio de enfrente y era muy generoso con sus cosas. El invierno anterior me había prestado su trineo. En realidad lo hizo cada vez que fuimos a deslizarnos sobre la nieve por las colinas de River Side. Él tenía dos trineos: el suyo y el de su hermana mayor, que había muerto un año antes. Yo, en

cambio, no tenía ninguno, pues para la Navidad mis padres, contrariamente a los deseos invernales que expresé en la carta para Santa Claus, me regalaron una bicicleta, esa que mencioné antes. En época de nevazones era de bien poco lo que servía. Una bici preciosa, marca Royal, ruedas gruesas y claxon a pilas. Me duró muy poco, pero eso es parte de otra historia.

Una tarde en que la ciudad estaba cubierta de nieve y los copos seguían cayendo, Ifren me llamó por teléfono para proponerme que fuéramos a un parque lomeado, al que se llega subiendo por Fort Washington Avenue y que limita con el río Hudson. No muy lejos del enorme puente colgante que va a dar a Nueva Jersey. Caminamos casi una hora, pero como las colinas eran bastante elevadas, el lugar valía de sobra el esfuerzo.

Subíamos a duras penas hasta la cima de la colina más alta, cargando cada uno su trineo, y desde ahí, tendidos sobre la plataforma y con un extremo de la palanca de dirección en cada mano,

nos lanzábamos cerro abajo volando entre gritos de emoción y risas de puro nervio. No éramos los únicos. Otros niños habían descubierto el lugar antes que nosotros. Durante uno de los descansos, en la parte baja, nos sentamos sobre el helado metal de la baranda, mirando el río. Toda la orilla, hasta unos cincuenta metros río adentro, estaba cubierta de unas placas de hielo bastante gruesas y grandes, que flotaban topándose unas con otras. Parecía como si un río congelado se fuera resquebrajando por los efectos de un terremoto, y la verdad es que después de observarlos un buen rato y de ver a un par de “pioneros” navegando ya, Ifren y yo nos miramos como si pensáramos exactamente lo mismo: que esos témpanos nos estaban invitando a abordarlos. Saltamos a la pequeña franja de tierra al otro lado de la baranda y cada uno se subió en el trozo que encontró más a mano. Al pisar el mío con los dos pies, sentí que se hundía un poco y se balanceaba bastante, y tuve que hacer equilibrio con los brazos para



no caer. Es un suelo peligroso el del hielo. A mi amigo le tocó la mala suerte, porque al pasar de su témpano a otro con el propósito de avanzar hacia el interior del río, perdió paso y se fue de espaldas, primero sobre la superficie resbalosa y luego con medio cuerpo al agua.

—¡Policarpo —gritó con terror—, ayúdame por favor! Estaba metido en el agua hasta la cintura y con los brazos se aferraba desesperadamente al trozo de hielo, para no acabar de hundirse. Salté dos témpanos casi sin pensarlo, y cuando estuve junto al suyo, me acosté y me acerqué remando con las manos para ayudarlo a que trepara. Por suerte, la maniobra no resultó difícil, y pocos minutos después estábamos a salvo al otro lado de la baranda, riéndonos como locos de tanto nervio, aunque al pobre Ifren le castañeteaban los dientes, como si se le fueran a quebrar.

—Vámonos —me dijo—. Casi no siento las piernas; seguro que me voy a pescar una pulmonía.



Agarramos nuestros trineos, semisumergidos ya por la nevazón, y partimos a paso rápido rumbo a nuestras calles. A pesar del frío, yo respiraba a todo pulmón y me sentía contento hasta más no poder por el hecho de haber salvado la vida de mi amigo. Fantomas se hubiera sentido orgulloso de mí.

Por suerte, lo de la pulmonía no resultó, aunque el resfrío tuvo a Ifren casi dos semanas en cama. Lo eché mucho de menos, hasta que por esos mismos días conocí a Charles Williams, el único gringo total entre mis amigos. Pero no por esto olvidé a Ifren. Seguimos viéndonos bastante y un poco después de nuestra aventura en los hielos, él mismo tuvo ocasión de salvarme a mí de otra manera, pagándome de sobra el favor.

Yo pensaba contarle a mi mamá lo que había pasado, pero una voz interior me sopló al oído que no lo hiciera. ¿El bien y el mal? Me pregunté recordando un sermón del sacerdote. Solo le dije que habíamos ido a ese parque a jugar con

los trineos. Al parecer, las aventuras más serias y peligrosas tienen que mantenerse en secreto. Así dice Roy Rogers en un *comic*. Roy Rogers es uno de los mejores vaqueros del oeste. Pero como mi mamá es bruja resulta imposible pasarle gato por liebre. No volveré a mentirle, lo juro.

—¿Y qué más hicieron? —preguntó.

—Nada —dije—. Nada.

Por la mirada perforante que me lanzó, comprendí que no me creía ni una palabra. Tuve que “cantar” como canario. Tal vez ese segundo “nada” fue la palabra fatal.

Tengo que decir que Ifren también había pasado una de aquellas tardes a mi casa para jugar a los dardos, pero la verdad es que de él yo no podía sospechar nada, ya que sus padres ganaban mucho dinero. ¿De qué le iba a servir una pulsera de ópalos?

Antes de mi clase de música, me pregunté si no sería Pedro el ladrón, y decidí investigar por mi cuenta el caso, pensando que si resultaba



culpable, mi papá le pediría que se fuera, y entonces yo quedaría libre del famoso violín. Además, me pregunté por qué el malhechor tenía que encontrarse necesariamente entre mis amigos. Me puse a releer *Tom Sawyer detective* con entusiasmo.

## CINCO

Charles Williams era un año menor que yo, y con él —al igual que con Frank— no había más remedio que hablar en inglés, lo cual, según mi mamá, era muy bueno para mí, ya que juntándome con amigos como Ifren, Mario y el Orangután tardaría mil años en aprender bien el idioma. Era un chico solitario, que tenía una de esas pelotas de bolsillo que daban muy buen bote, y se pasaba horas jugando *handball* contra el muro del destartalado apart-hotel donde vivía con sus padres y un hermano mayor, al que veía poco, según se quejó una vez encogiéndose los

hombros. Su papá tocaba clarinete en una banda de jazz del Village, pero a veces le venía la mala y pasaba períodos largos sin trabajo y sin dinero. Era eso sí un músico de los grandes.

—Tienes que oírlo tocar —me dijo Charly una vez, mientras caminábamos por el barrio, pateando piedras de puro aburrimiento—. No vas a creer lo que estás escuchando. ¿Conoces *The man I love*, de Gershwin?

Por supuesto que yo no conocía eso, ni sabía siquiera quién era Gershwin.

—La toca como un dios, es un genio —seguía Charles sin que le parara la lengua.

A su papá yo lo había visto dos o tres veces: un tipo flaco, rubio y de poco pelo, bastante pálido, con dos colmillos como de Drácula que le asomaban de la sonrisa. Al menos sonreía, pensaba yo, porque si hablamos de Charles, parecía más bien un tanto triste.

Lo mejor de todo es que el papá se conseguía entradas gratuitas para muchos espectáculos y así

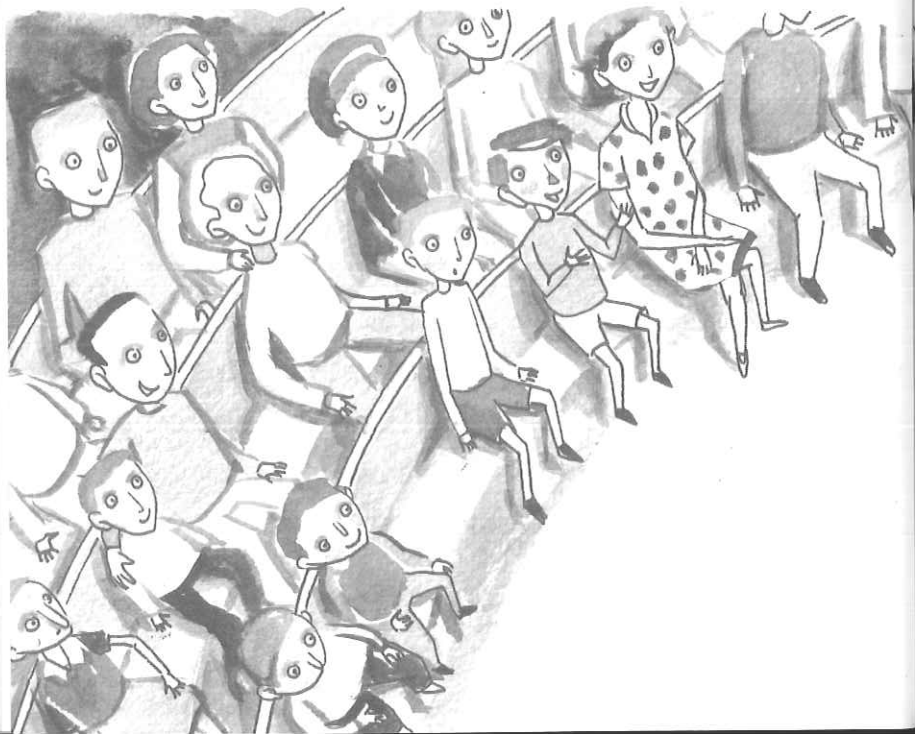
resultó que una tarde a comienzos de la primavera, mientras mi amigo y yo jugábamos al *handball*, él me dijo que tenía dos boletos para una función que iba a dar Roy Rogers en el Madison Square Garden. ¡Roy Rogers en persona! Y lo dijo así no más, como si se tratara de cualquier hijo de vecino y no del *cowboy* más famoso del oeste, junto con Gene Autry, claro.

—¿Te gustaría ir? —me preguntó—. Pensaba invitar a mi primo Gary, pero si quieres, te invito a ti.

¿Si quería? ¡Por nada del mundo me hubiera perdido una oportunidad como esa!

Yo solo había estado en el Madison la primavera anterior, cuando se presentó el circo de tres pistas, pero ahora todo era un gran campo con el cielo a la vista, esperando que apareciera el héroe de *Far West*, montando a Trigger entre las aclamaciones de muchos niños, casi todos tan jadeantes y ansiosos como yo. De pronto, sonaron los tambores y después de unos segundos se hizo el silencio para que, al fin, Trigger y su jinete entraran galopando, dieran

dos o tres vueltas alrededor de la pista y ocupara el centro, mientras el caballo, con un relincho a manera de saludo, se paraba en las patas traseras. Roy se llevó la mano al cinto y en el acto hizo relampaguear su revólver, soltando tres o cuatro balazos al aire. Después se paró sobre la montura con las piernas abiertas y empezó a hacer círculos con su lazo, mientras Trigger trotaba suavemente en redondo. ¡Era de no creerlo! ¡Mucho más de



lo que me hubiera podido imaginar! Pero lo más increíble vino a quitarnos la respiración cuando otro jinete entró galopando a la pista y soltó un atado de globos de todos colores, que se elevaron lentamente hacia el cielo. Roy desenfundó sus dos revólveres y tal como cabalgaba, de pie sobre la montura, hizo fuego sobre los globos, que se fueron reventando uno a uno en su camino a las nubes. No erró ni un solo tiro.



Por suerte, faltaba apenas una semana para mi cumpleaños y de más está decir que el regalo que pedí fue un traje de cowboy que se pareciera al de Roy Rogers. Sombrero color beige de copa baja con las alas dobladas hacia arriba, pañuelo de cuello con un aro de metal para sujetarlo; camisa de gabardina de dos colores y bolsillos en semi-círculo, ribeteados con botoncitos rojos; cinturón ancho con cartuchera a la derecha y revólver de fulminante, imitación Colt; pantalones *Lee* de mezclilla, y esas botas de taco medio y caña larga con cueros de colores, dibujando figuras geométricas. Había visto ese traje en la sección “Niños” de la tienda *Macy’s* y como era demasiado caro, por una vez mis deseos dieron en el centro del blanco. Con algunos ahorros que junté un fin de semana, sacando las monedas que a veces se quedan en los teléfonos públicos –truco que me enseñó Ifren– me compré un lazo verde que tenía dos juntas de metal que permitían dibujar esa redondela en el aire. La noche de mi cumpleaños, después de

soplar las velitas, me vestí con mis mejores ropas vaqueras y, al quedar boquiabierto frente al espejo del closet, pensé que podía perfectamente ser el hermano menor de Roy Rogers.

La primera tarde que salimos a lacear, Charles también iba vestido de vaquero. O al menos así lo creía él. Su sombrero era verdososo, copa alta con dos hendeduras, eso sí de una tela acartonada, y su camisa era una leñadora de franela a cuadros blancos y negros, como un tablero de ajedrez. Pantalón de mezclilla azul igual al mío, y botas de goma que más parecían de bombero. Caminábamos en dirección al parque, donde tal vez pudiéramos encontrar algún perro juguetón dispuesto a dejarse lacear. El lazo lo llevaba yo y lo hacía girar con la mano derecha, como cuando se le va a lanzar a algún toro. Al llegar a una esquina nos topamos con un grifo de agua y aproveché de arrojar el lazo desde unos tres metros. No logré capturarlo.

–Déjame a mí –dijo Charles.

Pensé que si yo no había laceado el grifo, menos lo haría mi amigo con esa camisa tan ridícula, y le pasé el lazo, sintiendo un poco de lástima. Lo agarró al primer lance.

—¡Gané, gané! —gritó con gran entusiasmo.

—¡Pásamelo! —. Volví a tirar y fallé de nuevo, ¡yo, que era el más parecido a Roy Rogers! Charles propuso que cada uno hiciera diez tiros y al que apuntara más veces el otro le pagaba diez centavos, que alcanzaban para uno de esos chocolates *Milky way* o para dos viajes en metro. Yo logré siete famas y Charles no erró ni una sola vez, de modo que me sentí bastante humillado y al pasarle la monedita aproveché para decirle, con algo de rabia, que su vestimenta me parecía una basura, una grosera imitación. Charles me miró con su sonrisa medio triste y dijo:

—Mi mamá dice que esta camisa es verdadera, de las que usan los vaqueros todos los días, y que la tuya es de fantasía, para fiesta de disfraces.

—¿Y las botas? —pregunté indignado—. ¿Y el sombrero?

Le di un empujón fuerte. Charles no dijo nada, siguió caminando cabizbajo.

Por la noche no me podía quedar dormido. Tal vez mi amigo tenía razón en lo de la camisa. En las películas del oeste aparecían más camisas a cuadros como la suya que camisas como la mía. Pero no era eso precisamente lo que me quitaba el sueño, sino más bien haberme portado rudo y mezquino con Charles. Tendría que pedirle perdón, como asegura el Llanero Solitario que debe hacerlo un hombre cuando ha cometido una falta.

Pero también pensé que él sí que tenía razones para interesarse en una pulsera de ópalos, y recordé que también me había visitado. Su padre estaba cesante por esos días y en un momento de angustia hasta intentó vender su saxofón. Charles me lo había contado casi con lágrimas, diciendo, además, como otras veces, que quería ganar mucho dinero para ayudar a sus padres a que nunca las cosas volvieran a estar mal. ¿Sería él quien robó la pulsera?

## SEIS

Una tarde, después de terminar mi clase de violín, peleando mano a mano contra las notas de una pieza de la ópera *Norma*, subí con Mario a la azotea del edificio para conversar tranquilos cierto asunto. Se veía muy pálido y hablaba cortado, como si le faltara aire en la respiración.

—Ifren está hospitalizado —me dijo—. Le dio pulmonía.

Quedé frío y se me proyectaron todos los hechos como si mi mente hubiera sido una pantalla de cine.

—¿Por lo del Club? —pregunté.

Dijo que sí. Le temblaba la barbilla. Nos quedamos un buen rato sin decir nada.

¿Podía alguien morir de pulmonía?

Resulta que los muchachos del Club habían condenado a Ifren por “alta traición, pero Mario y yo no estuvimos de acuerdo con la gravedad de su falta, ni tampoco con el brutal castigo que le aplicaron. La cosa fue así: Jimmy, el presidente, el más grande del Club, en tamaño y en edad, alegó rojo de rabia que el hecho de “desertar” en plena batalla rompía nuestros códigos. Yo no entendía bien lo que eran los códigos, pero sí creo que escapar en una pelea está mal, porque deja al compañero batiéndose solo. La rosca se había armado en los alrededores del puente, cuando Ifren pedaleaba su bici, remolcando a Jimmy, que rodaba en patines. Tres tipos que acababan de cruzar el puente los detuvieron y trataron de quitarle a Ifren la bicicleta, y entonces empezó la pelea. Después de varios forcejeos y algunos

puñetazos más o menos rudos, a Jimmy lo tumbaron y le dieron patadas en el suelo, mientras Ifren aprovechaba para rajar a todo lo que daban los pedales. Yo sabía de peleas y conocía las palabras “batalla”, “traición”, “desertar”, “condena”, porque en el campamento donde mis padres me mandan cada verano, combatíamos por lo menos una vez cada semana. El entrenador nos divide a todos los chicos en dos grupos: los Azules y los Rojos, y luego nos lee los reglamentos, lo que se puede hacer y lo que no se puede hacer. Las faltas que se castigan, los hechos heroicos que se anotan como puntos a favor. La guerra es igual que en las películas, solo que sin armas de fuego. Los rojos, con una camiseta roja, se dispersan por el bosque, y cada “soldado” debe buscar un escondite donde guarecerse, con la instrucción de acechar al enemigo y capturarlo, de pelear hasta las últimas consecuencias para no ser capturado. Prohibidos palos y piedras, pero válidos los puños y los pies. Quince minutos después parten los azules, con



su camiseta celeste, llenos de desafío y valor. Yo, por supuesto, soy de los rojos. La primera vez gané y la segunda vez perdí, pero sin rendirme nunca, luchando hasta el final.

—Eso estuvo muy feo —le dije a Mario.

—Sí, aunque él jura que no escapó de miedo, sino que fue a buscar refuerzos a la zona del Club.

—Pero no regresó, y al pobre de Jimmy se la dieron dura.

Sin el voto de nosotros dos, el Club castigó a Ifren. Lo llevaron al río, le sacaron las ropas hasta dejarlo completamente desnudo, y luego lo obligaron a montarse en uno de esos témpanos flotantes, para empujarlo río abajo. ¡En pleno invierno!

—¡Son unos salvajes! —dijo Mario—. ¡Tenemos que salirnos del Club!

—Sí —dije, aunque la idea de salirnos no me gustaba mucho—. Y a lo mejor el sábado podemos ir al hospital a visitar a Ifren.

—¿Estás loco? La pulmonía es contagiosa.



—Oye, si hubiéramos estado ahí cuando le aplicaron el castigo a Ifren, ¿qué hubiéramos hecho?

—No sé.

Me sentí muy desolado, me costaba creer que ocurrieran cosas así. Me turbaba la imagen de Ifren bajando desnudo por el río montado en ese témpano, me dolía mucho pensar que mi amigo pudiera morir.

Si le habían dado ese castigo por una falta menor, ¿qué condena podía aplicarse a quien hubiera robado la pulsera de mamá?

## SIETE

Los jueves salíamos del colegio dos horas más temprano, y por segunda vez Doris y yo fuimos a mirar los insectos en el Museo de Historia Natural, que tiene un piso entero para los invertebrados, otro para las aves, uno para los minerales. Uno puede pasar horas ahí sin aburrirse ni un minuto. Además, nos queda apenas a un par de cuadras. Después de deslumbrarnos con las mariposas y los coleópteros, la invité a tomar un helado y a columpiarnos al Central Park. Había comenzado la primavera y las suaves lomas del parque estaban cubiertas de narcisos.

Caminamos tomados de la mano y me sentía bastante feliz, pero a la vez un tanto inquieto, inseguro, porque notaba que algo raro le pasaba a mi novia, ya que no mostraba la misma soltura de siempre, sino que parecía encerrada en un problema. Antes ya me había adelantado que tenía algo que contarme, relacionado con la pulsera de ópalos que le habían robado a mi mamá.

Nos sentamos sobre una roca frente a esa lagunita donde siempre hay seis o siete cisnes navegando.

—Doris, ¿cuándo vas a dejar que te bese? —le pregunté, haciéndome el muy valiente.

Llevábamos un tiempo juntos, la iba a dejar todos los días a su casa; los fines de semana salíamos a jugar, a caminar, íbamos al cine, a tomar helado, patinábamos, pero nunca nos habíamos besado en los labios, porque a su mamá se le ocurrió decirle que eso era muy antihigiénico. Nos dábamos besos en la mejilla, nos abrazábamos y nos tomábamos de las manos; pero besos como los de las películas, no.

—Ya sabes que eso no es bueno, Policarpo. Le prometí a mamá...

—Pero hagámoslo, aunque sea una vez.

¿Qué tenía de malo? Yo había visto que otras parejas del colegio lo hacían con bastante naturalidad, como si fuera lo normal.

Ella pensó unos minutos, sonreía, se ponía seria, hasta que finalmente dijo que no. Me sentí bastante desdichado y esa inquietud que me asfixiaba creció todavía más.

—¿Es solo porque tu mamá te dijo que era antihigiénico?

—Bueno... En realidad, no. Es que...

En ese momento me sonó una alarma en el corazón y tuve miedo de que algo se rompiera.

—Es que tengo algo que decirte —continuó—. Pero no quiero que lo tomes a mal. Por favor, no lo tomes a mal.

Otra vez guardó silencio, y yo estaba que me comía las uñas, sin poder sacar una palabra.

—El que robó la pulsera de tu mamá no fue

Charles —dijo finalmente, sin mirarme a los ojos—, ni tampoco Rafael. Fue Mario.

—¿Qué?

Me dejó perplejo. ¿Mario, mi mejor amigo después de Frank, con el que pasaba más tiempo; mi compañero de aventuras; el que me enseñaba canciones, y el que me hizo declararme?

—¿Y para qué iba a querer Mario esa pulsera?

Doris quedó pensativa unos segundos. Luego dijo:

—Para regalármela.

Se llevó la mano a un bolsillo del chaleco de lana y sacó la pulsera, que mostraba sus piedras multicolores, transparentes y cambiantes.

Eso sí que no podía ser. Mario robando en casa de su amigo. Mario robando una pulsera para regalársela a Doris, mi propia novia. Era absurdo. No calzaban bien las piezas. Algo fallaba en el cuadro.

—¿Tú le gustas? —pregunté, tras caer al fin en la cuenta de lo que en verdad podía estar ocurriendo.



—Sí —me dijo ella—. Empezó a llamarme por teléfono, después de esa tarde cuando me lo presentaste... Me visitó algunas veces. Una de esas veces me llevó de regalo la pulsera y dijo que me quería, pero que desgraciadamente yo era la novia de su amigo... Me pidió que la guardara siempre y me hizo prometer que no diría nada.

Tuve la sensación de que se me estaba desmoronando el mundo, una debilidad en las piernas, las manos temblorosas, frío.

—¿Y tú...? —me atreví a preguntar, temiendo lo peor.

Doris quedó largo rato en silencio.

—¿Y tú? —volví a preguntar—. A ti también te gusta él, ¿verdad?

—Sí —dijo quitándome otra vez la vista.

Eso fue todo, ¿qué más? Lo que sentí en esos momentos no se lo daría ni a mi peor enemigo. Temblaba el piso, se abría la tierra, me tragaba el infierno. Quería matar a Mario. Quería correr donde Frank para contarle. Quería hundirme en la nada.

—¿Te acompaño a tu casa? —pregunté.

Y fue todo lo que hice. Quedé como vacío. Pero al menos el misterio de la pulsera se había aclarado.

## OCHO

Durante varios días anduve atontado, sin apetito ni ganas de nada, y sin que las cosas me importaran un pepino. En la sala de clases ya no buscaba a Doris con la mirada, a pesar de que mis ojos pudieran estar muriéndose por ver su sonrisa. Y en los recreos prefería alejarme de los otros compañeros. Cuando la profe tocaba el piano, Doris y yo ya no bailábamos, aunque a mí los pies me picaban por hacerlo. Era como si algo se derrumbara. Como si entre la noche y la mañana me hubieran cambiado todas las reglas del juego. Y entonces, para matar el tiempo, en

la soleada mañana del sábado decidí salir con mi bicicleta a dar vueltas locas por las calles del barrio. Le dije a mi papá que regresaba para el almuerzo y me largué.

Mario y yo nos habíamos retirado del Club, pero de todas maneras fui a dar una vuelta por la casucha donde antes nos reuníamos, para mostrarles la bici a los otros chicos. Era una bici impresionante y sabía que me había convertido en la envidia del barrio entero, aunque eso tampoco me importaba mucho.

Después de dar varias vueltas, se la presté a Jimmy para que fuera a comprar no sé qué cosa en Broadway y cuando regresó —más o menos a los diez minutos— dijo que se trataba de una gran bici, la mejor que nunca había pedaleado, y entonces ocurrió algo increíble. En las afueras de la casucha, Jimmy y yo conversábamos sentados sobre un madero, cuando de pronto llegó un muchachito como de mi edad, flaco y desgredado, al que le faltaba un diente. Recordaba un poco a Charles Williams, sobre todo, por la mirada triste. Se detuvo cerca de nosotros y contempló





mi bicicleta, moviendo la cabeza de lado a lado y diciendo: ¡wow!, como si no creyera. La miraba durante algunos segundos y luego nos miraba a Jimmy y a mí, como con deseos de hablar. Al cabo de un rato preguntó:

—¿De quién es?

—Mía —dije.

—¿Me dejas tocarla?

—Claro, tócala.

Le pasó la mano por el metal de los tapabarros y por el manubrio, y daba la impresión de que estuviera tocando algo muy delicado.

—¿Te gustaría dar una vuelta? —le dije.

Me miró con ojos asombrados y la boca medio abierta.

—¿Quieres decir que me la prestas?

—Pero solo una vuelta corta, porque ya me deben estar esperando para el almuerzo.

El chico montó de un salto y se alejó pedaleando hacia la esquina de la 206. Luego giró a la izquierda y lo perdí de vista. Recordé las veces que había llevado a Doris en el fierro de adelante, la sensación cálida de su contacto.

Jimmy me preguntó si acaso me había vuelto loco, porque no conocíamos a ese muchacho. ¿Qué tal si se robaba la bicicleta y no lo veíamos más? Sentí que tal vez había cometido un error y empecé a sospechar, pero al cabo de unos minutos el chico apareció por la misma esquina en la que se había perdido. Al bajarse y entregarme la bici, me dio las gracias y juró por su madre que nunca se había dado un gusto como ese. Encogí los hombros y me despedí de él y de Jimmy. Luego me monté y partí hacia mi edificio como un relámpago.

—¡Gracias otra vez! —gritó el niño.

Lo saludé con la mano, pero después de unos metros, me devolví y pedaleé hasta donde él iba ya encaminándose rumbo al puente.

—¿Nunca has tenido una bicicleta? —le pregunté.

—No —dijo.

—¡Llévatela!

—¿Qué?

—¡Llévatela! Te la regalo—. Me miró como si yo fuera Dios.

Cuando entré a casa y mi padre me vio sin la bicicleta, puso esa típica cara como de pedir urgentes explicaciones.

—¿Dónde la dejaste?

—La regalé—. Me encogí de hombros. Ya casi nada me importaba.

Nunca lo había visto con el rostro así de enrojecido, ni tan torpe para encontrar las palabras.

—¿Qué dices, niño loco? —gritó.

—La regalé —volví a decirle.

Noté que el gustito amargo que me circulaba por el estómago se borraba poco a poco y tuve otra vez una sensación de esa felicidad que ya me venía acostumbrando a no sentir.

En ese momento salió mamá de la cocina.

—Está listo el almuerzo, trucha al horno —dijo alegremente.

—Hola, mamá —dije yo—. Toma, un regalo para ti.

Y le pasé su pulsera, con muchas ganas de ponerme a llorar.

## POLI DÉLANO

Desde su nacimiento, en 1936 en Madrid, Poli Délano vivió en un ámbito donde se privilegiaba la cultura y los libros. Su madre, Dolores Falcón, era fotógrafa, y su padre, Luis Enrique Délano, escritor. Este último había llegado en 1934 a la capital española a estudiar Filosofía y Letras en su universidad.

Unos años más tarde, en 1940, la familia de Poli Délano se traslada a Ciudad de México, donde el padre ha sido nombrado cónsul de Chile. Allí estaba también Pablo Neruda, con quienes los progenito-

res del niño tenían gran amistad. “Aprendí a leer a los 5 años en México –contaría Poli Délano en una entrevista-, en un poster que reproducía el poema de Neruda Nuevo canto de amor a Stalingrado”. El niño viviría seis años en Ciudad de México y luego tres en Nueva York, donde también su padre estuvo a cargo del consulado de Chile.

De vuelta a su país, en 1953, Poli Délano inicia sus estudios de pedagogía en inglés en la Universidad de Chile. Seis años más tarde, y ya casado, se establece en Pekín, China, donde trabajará como traductor y escribirá su primer libro: *Gente solitaria*, publicado en 1960. La obra, un conjunto de siete cuentos, obtendrá un año después el Premio Municipal de Santiago.

En 1962 se hace cargo de la cátedra de Literatura Estadounidense en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, actividad que mantendrá hasta 1973, en que, tras el golpe militar, se exilia en México. Durante los años pasados en Chile se asentará definitivamente su carrera de escritor. Así, en 1962 publicará *Amaneció nublado*, selección de ocho cuentos, *Cero a la izquierda*, novela (1966), *Cambalache*, novela que obtiene el Premio Municipi-

pal de Santiago (1969) y *Los mejores cuentos de Poli Délano* (1969). Sobre el hecho de haber añadido la novela a sus creaciones narrativas, el propio escritor dirá: “me sale con mayor fluidez el cuento, pero me siento más feliz con la novela”.

En México vivirá diez años y será una de sus épocas más fecundas. Publicará, entre otros libros de cuentos, *Cambio de Máscara*, que obtiene el Premio Casa de las Américas 1973, *Sin morir del todo* (1975) y *Dos lagartos en una botella* (1976), que obtiene el Premio Nacional de Cuento de México; y, entre otras novelas, *En este lugar sagrado* (1977) y *Piano-bar de solitarios* (1983). A ello añadirá su actividad de columnista en el diario Universal de Ciudad de México y la dirección de talleres literarios en Cuernavaca, los que llegaron a ser muy exitosos.

De regreso en Chile, en 1984, continuará creando no solo obras del género narrativo sino que también memorias, notas de viaje y compilaciones de cuentos de terceros. Entre las primeras se cuentan, entre otras, los conjuntos de cuentos *Solo de saxo* (1998) y *Rompiendo las reglas* (2001); las novelas *Como si no muriera nadie* (1987), *El amor es un crimen* (2005) y *Y tú no me respondes* (2010); la compilación *Cuentos*

*mexicanos* (1996), las notas de viaje *Lo primero es un morral: un viaje al África* (1972) y *Memorias neoyorquinas* (2009).

Tampoco Poli Délano dejó fuera de su producción literaria las obras para jóvenes. Así, en 1997 publicó la novela *Humo de trenes*; y en 2004, para el centenario del nacimiento de Pablo Neruda, los relatos *Policarpo y el tío Pablo*; y en 2011 y 2012, respectivamente, las novelas *Policarpo y el camino del diablo* y *Policarpo en Manhattan*.

Varias de las obras de Poli Délano han sido traducidas al inglés, francés, ruso y otras lenguas, y en ellas se advierten las huellas y experiencias de sus estadias en España, México, Estados Unidos, Francia, Suecia, y de sus viajes por América, África y el sureste de Asia. El propio escritor comenta que su obra “se nutre de la calle, de la intrahistoria y de la historia con mayúscula”.